

“Señalar el camino” en la filosofía buberiana: Educar a partir de la relación *yo-tú**

“Pointing the way” in Martin Buber’s philosophy: Education within the *I-Thou* relationship

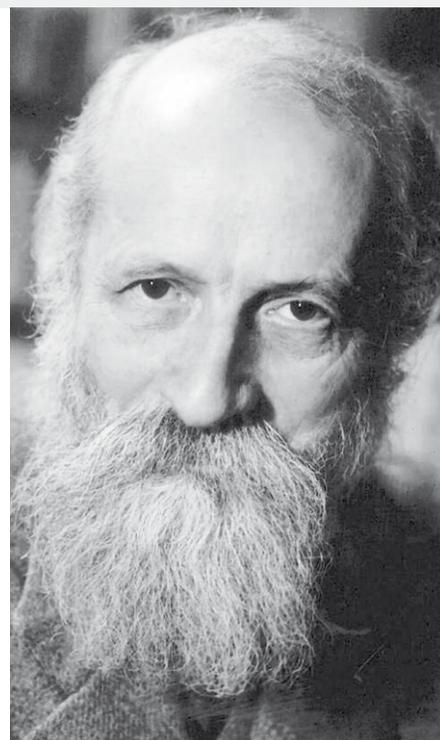
Texto recibido: 2 de mayo de 2016
Texto aprobado: 10 de junio de 2016

Por: Renato Huarte Cuéllar**
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Resumen:

Una de las frases importantes dentro de la filosofía de Martin Buber es “señalar el camino”. Como se pretende mostrar, este conjunto de palabras implica una postura en torno al papel que juega la experiencia en la educación, el papel del educador y el educando. A lo largo del trabajo se mostrará la relación que guarda esta forma de entender la educación desde la experiencia con el par de palabras “yo-tú”, fundamentales para la filosofía dialógica buberiana. Esto guarda una relación en la forma en que se entienden las relaciones humanas no siempre de manera tersa, cuestión que se ejemplificará con la disputa que Gershom Scholem, discípulo de juventud de Buber, tuvo con su maestro.

Palabras clave: Martin Buber, “señalar el camino”, educación dialógica, yo-tú, experiencia.



Fotografía: Martin Buber Wikipedia Dominio Público

* Una versión preliminar de este texto apareció publicado en inglés en la revista *Philosophy of Education*. Novosibirsk, Rusia. Núm. 6, 2013. La presente versión en español es inédita y fue modificada la argumentación y estructura del artículo en inglés.

** Licenciado en pedagogía y filosofía por la UNAM y maestro en filosofía por la misma universidad. Desarrolló la tesis *Traducción y educación en la filosofía de Martin Buber* en el Doctorado en Filosofía de la UNAM. Es profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Actualmente es presidente de la Asociación Latinoamericana de Filosofía de la Educación, A.C. (ALFE) y miembro del “Advisory Board” del International Network of Philosophers of Education (INPE). Correo: renatohuarte@yahoo.com

Abstract:

One of the most interesting phrases in Martin Buber's philosophy is "Pointing the Way". These words could be used to understand the role of experience, as a fundamental word, in Buber's Philosophy of Education. We will try to show what is the relationship between this way of understanding education and the "I-Thou" pair of words in Buber's dialogical thought. In this sense, we will try to show how dialogical education is not always smooth. We will support this with the dispute between Gershom Scholem, Buber's disciple in his early years, and his teacher.

Key words: *Martin Buber, "Pointing the Way", dialogical education, I-Thou, experience.*

Introducción

Tal vez el texto más famoso de Martin Buber sea Yo-tú. En ese texto quede tal vez ya expuesta la relación dialógica a la que Buber hará referencia en otros escritos a lo largo de su vida. No obstante, el propio Martin Buber reconoce que estas ideas se fueron gestando desde su juventud y que sólo varios años después pudo darle forma:

Cuando esboqué el primer borrador de este libro, hace más de cuarenta años, me impulsaba una necesidad interna. Una visión que me había acosado repetidamente desde mi juventud para volver siempre a opacarse había cobrado ahora una nitidez permanente, de una cualidad tan claramente suprapersonal que de inmediato supe que debía dar testimonio de ella. (2006: 109)

En el presente trabajo buscaré dar cuenta de la diferencia que presenta el filósofo entre las relaciones que denomina "Yo-tú" y las que denomina con el binomio "Yo-eso". Al hacerlo, procuraré vincular estas palabras-concepto con lo expuesto en general en un texto básico para su comprensión de la educación ("*Über das Erzieherische*") de 1925 y ver qué lazos pueden trazarse entre ambos textos.

De esta manera, rescataré la frase "Señalar el camino" como una forma de vincular la propia vida de Buber con un rasgo de su filosofía de la educación: la función del educador desde la perspectiva dialógica. Para esto, buscaré problematizar tal postura con lo expuesto por G. Scholem cuando recuerda la imagen que Buber dejó en él cuando joven, como un ejemplo desde la propia vivencia buberiana.

Yo-tú, yo-eso

Para Martin Buber existen, para el ser humano, pares de palabras por medio de las cuales nos aproximamos al mundo. Es a través de ellas que se nos da la experiencia. Estos pares de palabras no están fuera de la experiencia, sino que son la experiencia misma. El primer par de palabras es el vínculo "Yo-tú". El segundo par de palabras es "Yo-eso". Según Buber, "cuando se dice tú, se dice también el yo del par yo-tú. Cuando se dice eso, se dice también el yo del par yo-eso. Sólo se puede decir la palabra básica yo-tú con todo el ser. Nunca se puede decir la palabra básica yo-eso con todo el ser" (2006: 11).

Esta postura de Buber parte de comprender que cuando se dice "yo" siempre se está dando respuesta a alguien. Sería raro pensar en que alguien dijera "yo" sin que hubiera, aunque sea, la presencia de alguien más que nos obliga a manifestar lingüísticamente nuestra presencia. En este sentido, decir "yo" siempre va aparejado de la presencia de otro. En este sentido nuestra relación con lo otro puede ser de estas dos maneras, según Martin Buber. Si el yo se relaciona con otro de manera utilitaria, entonces se estaría hablando de una relación yo-ello. Por ejemplo, cuando quiero comprar un periódico en la tienda de la esquina me relaciono con el vendedor buscando una finalidad específica: comprar un periódico. Ésta es una relación yo-ello con el vendedor del periódico. Buber coincide en que estas relaciones existen en el mundo y son necesarias. Sin embargo, este tipo de relaciones no pueden ser las únicas que haya en el mundo. Las relaciones yo-tú son relaciones en donde la totalidad del "yo" entra en relación con la totalidad del "tú". No puede haber parcialidades, aunque tampoco se desdibujan cada una de las individualidades. Simplemente hay relación. Cuando vemos a un amigo, lo vemos como una persona con la que nos relacionamos totalmente. No es importante su altura física, el color de sus ojos o las partes que integran su cuerpo, por ejemplo. Lo importante es que hay una persona con la que nos relacionamos totalmente. Esas relaciones son indispensables para el ser humano porque lo regresan a su condición inicial: un ser que es, antes que todo, relación con los otros.

Esta forma de ver el mundo a partir del lenguaje mismo es característica de la visión buberiana del mundo. Cuando se habla se está haciendo posible la existencia ya que ahí

se representan nuestras relaciones con el mundo. El ser es devenir, es experiencia. Buber se niega a aceptar la posibilidad de la dualidad de la experiencia en “interna” y “externa”. Para él: “El que experimente el mundo no participa del mundo. La experiencia está “dentro de él”, y no entre él y el mundo. El mundo no participa de la experiencia. Se deja experimentar, pero eso no lo afecta en nada, porque la experiencia no le hace nada, y nada le sucede” (Buber, 2006: 13).

Con estas premisas, en tanto experiencia, el mundo, según Buber, pertenece a la palabra básica “yo-eso” y la palabra básica “yo-tú” pertenece al mundo de la relación. Nuestro autor explica que existen tres niveles de relación. La primera es la que se da con el mundo en donde vemos pasar las criaturas que habitan en él, en una relación pre-lingüística, en donde nosotros no somos capaces de relacionarnos con ellos. En segundo lugar, están las relaciones entre seres humanos, en las que, gracias al lenguaje “nos podemos dar el tú”. La tercera es con las esencias espirituales con las que no hacemos contacto lingüístico, no las percibimos y sin embargo “nos sentimos llamados, y respondemos: construyendo, pensando, actuando” (Buber, 2006: 14).

“En cada una de las esferas, gracias a todo lo que se nos hace presente, vamos desde el borde del eterno tú, y en cada esfera percibimos el lamento de éste; con cada tú nos dirigimos al tú eterno, en cada esfera según la forma que le es propia” (2006: 14). Buber da el ejemplo del árbol para mostrar este tipo de relaciones. Es posible (no) ver al árbol de manera que no represente parte de nuestra experiencia, es decir, que lo veamos como un mero objeto. Pero, cuando se contempla un árbol, no se percibe el brillo del sol, ni el verde de sus hojas, o su altura general o cualquier otra característica específica. Más allá de percibirlo, de clasificarlo, de volatilizarlo o perpetuarlo como número, al percibirse el árbol, debe entenderse como totalidad. En palabras de Martin Buber: “Todo lo que pertenece al árbol está incorporado: su forma y su mecánica, sus colores y su química, su diálogo con los elementos y su diálogo con los astros, y todo en una totalidad” (2006: 15).

Siguiendo esta línea de pensamiento, los seres humanos, al relacionarnos con las cosas, los animales, las plantas e inclusive con los otros seres humanos como parcialidades, entramos en relaciones yo-ello en donde no hay relaciones sino objetivación y uso de lo otro dadas sus características “utilizables”. Usamos al otro, a lo otro, en este sentido daría lo mismo. La propuesta buberiana dialógica radica en el encuentro con cualquier expresión del mundo como una totalidad, entrar en relación es vincularse con el otro, a lo otro, como posibilidad holística de sentido en donde al decir tú estemos dispuestos a entrar con el otro, sin parcialidades.

El verdadero sentido dialógico del ser humano está dado en la experiencia, entendida ésta como la palabra básica de la cual parte, el “yo-tú”. Tal vez con el pasaje de la relación con su caballo en su biografía quede sugerido este tipo de relación dialógica:



Fotografía: Archivo Histórico del Colegio de Ciencias y Humanidades. S.C.I. 2016

Cuando tenía once años, pasando el verano en la finca de mi abuelo, solía entrar en el establo, tan frecuentemente como podía, sin ser visto para acariciar gentilmente el cuello de mi caballo gris moteado. No era un deleite ocasional sino un hecho profundamente conmovedor que sin lugar a dudas era amistoso. Al tratar de explicarlo ahora, comenzando por la fresca memoria de mi mano, debo decir que lo que experimenté al tocar al animal fue al Otro, la inmensa otredad del Otro, que sin embargo, no permaneció ajeno como la otredad del buey y del carnero, sino que me dejó acercarme y tocarlo. Cuando toqué sus crines, a veces maravillosamente peinadas, a veces sorprendentemente desparpajadas, y sentí la vida debajo de mi mano, era como si el elemento de vitalidad en sí mismo abordara mi piel, algo que no era yo, ciertamente no me era extraño, palpablemente el otro, y no cualquier otro, realmente el Otro en sí mismo; y sin embargo, dejaba que me acercara, confiaba en mí, se colocaba en la relación de Tú y Tú conmigo. El caballo, aún cuando todavía no había vertido la avena en su comedero, muy gentilmente levantó su enorme cabeza, movió sus orejas, apenas y bufó, de la manera en que un conspirador da la señal para ser reconocida sólo por su colega, y fui aprobado. (Buber, 1976: 26-27)

“Señalar el camino”

Lo que Martin Buber aportó a la educación tiene una multiplicidad de interpretaciones a partir de su propia filosofía. Así como su propia vida, tenemos sólo pequeños fragmentos, como el del caballo, cuya relevancia puede darse a partir del sentido que se le dé o de la forma en la que se interprete con el resto de fragmentos con los que se cuenta. Como Maurice Friedman lo pone en la introducción a estos pasajes de su vida en *Encuentros*:

Estos “eventos y encuentros” son en el más pleno sentido “enseñanzas” y tal vez, al final de cuentas, la enseñanza más real que nos ha dejado Martin Buber. “No soy filósofo, profeta o teólogo,” dijo Buber en la celebración de su cumpleaños número ochenta, “sino un hombre que ha visto algo y que va hacia una ventana y señala lo que ha visto.” En el significativo Prefacio a su *Gog y Magog* Buber escribió: “Aquél que espera una enseñanza mía además de un mero señalar, siempre estará decepcionado. (Buber, 1976: 4-5)

En 1925 Martin Buber fue invitado a dictar la conferencia magistral “*Über das Erzieherische*” (traducido como “Sobre la función educadora” o “Sobre el hecho educativo”¹) en la tercera Conferencia Internacional de Pedagogía en Heidelberg. Dicha conferencia llevaba por título “El desarrollo de las fuerzas del niño”. Si bien no es el único, este texto, muchas veces compilado junto a “Yo y Tú”, es tal vez el texto clásico del cual se parte para entender la educación en la filosofía buberiana. Veremos inmediatamente el vínculo posible entre las ideas expuestas de “Yo y Tú” y lo que se plantea en “Sobre el hecho / la función educativa” en el entendido que ambos textos parten de preocupaciones de un Buber maduro, pero en el período antes de 1933.

Podemos entender educación si su función es “liberar las fuerzas de creación” (Buber, 1959: 238) dentro del individuo, el niño en el discurso del texto. El niño siempre estará dispuesto a realizar distintas actividades, según Buber (1959: 240), y esta determinación es lo que permite darle forma a la materia. Esto sólo es posible en un contexto humano, condición fundamental para el individuo. Buber lo explica con la metáfora de un coro (Buber, 1959: 241). No existe cosa tal como una canción organizada o una sinfonía si no hay voces individuales, pero es también importante reconocer que no podremos encontrar la armonía únicamente escuchando voces solitarias. Aún en los casos en que hay un solo, hay un silencio del resto de las voces, del resto de los instrumentos de la orquesta. Para poder atender a una voz es necesaria la atención en las otras voces.

¹ Se cuenta con la versión original alemana, “*Über das Erzieherische*” en *Reden über Erziehung*. La traducción portuguesa de Moacir Gadotti y Mauro Ângelo Lenzi, “*Da função educadora*” y la versión al hebreo revisada por el propio Buber de Tzvi Voislevsky, “*Al hamaasé hajinují*”, son las que remiten a estas traducciones: la portuguesa opta por “función”, mientras que la hebrea opta por “hecho”. Todas las traducciones de este texto fueron un proceso que concluyeron en la traducción propia intitulada “Sobre lo educativo” como anexo en Huarte, R. (2004). *Traducción y educación en la filosofía de Martin Buber*. Tesis de Doctorado no publicada, UNAM. México, pp. 173-204.

Esto sólo se explica en el sentido de lo que Martin Buber llama “instinto de autor” que nos es connatural. El deseo de estar en el origen de alguna cosa es ese instinto. “El hombre, el hijo del hombre, quiere hacer cosas. No es el simple placer de ver una forma nacer de una materia que, instantes antes, daría todavía la impresión de no tener forma. Lo que el niño desea es su participación en el devenir de las cosas: quiere ser el sujeto del proceso de producción” (Buber, 1959: 241). No obstante, este “instinto de autor” debe ser regulado en las relaciones con los otros para no devenir un instinto despótico.

Esta habilidad de los seres humanos de entrar en relación y estar atentos de los otros permite que los “coros” existan. Ésta es la manera de revelar la “verdadera vida del ser humano” (Buber, 1959: 242). Desde esta perspectiva es tal vez imposible pensar el vivir sin tomar en cuenta el resto de las voces. En palabras de Buber, el proyecto del individuo y el proyecto de estar atento son diferentes el uno del otro. El individuo tiene que poder considerarse a sí mismo como tal, pero sólo cuando entendemos la participación en conjunto con el otro, se revela la importancia última de ser uno mismo debido a los otros.

Como podemos rastrear en “Yo y Tú”, la importancia no está dada por el individuo per se, sino en la relación del individuo con el otro. “Sólo cuando alguien toma la mano de otro, entonces no estaremos en una relación de ‘creador’, sino más bien en una relación de creación de su propia naturaleza en el mundo, no con el fin del arte del llanto, sino como amigo, amante, sabe que en su corazón hay reciprocidad con lo que pertenece. La educación que no busca reparar la creación del nacimiento de las cosas, encontrará en su futuro la condena a una nueva soledad de pesar” (Buber, 1959: 243).

En ese sentido la educación es entendida como un diálogo de dos caras (Buber, 1959: 255), en el que uno es responsable (de responder – *res-pondere*, en Latín “el peso de la cosa”) por el otro. La educación dialógica en la perspectiva de Buber implica no negar al otro, reconociendo que yo existo porque yo estoy en una relación con el otro. Puede haber una especie de diálogo en el que el “sí mismo” no sea capaz de encontrarse en una relación con el otro, y de ahí lo que ya se plantea líneas arriba como “la condena a una nueva soledad del pesar”. Sin embargo, existe un verdadero diálogo en el que, como en el coro, uno se entiende

a sí mismo por medio de la relación con el otro. La voz del otro y también su silencio permiten que la voz sea escuchada. Cuando he sido capaz de comprender esto, entonces también puedo entender que mi silencio es necesario para que otras voces sean escuchadas. La relación entre mi voz y el resto de las voces debe entrar en balance o en tensión, hasta cierto punto, para producir la armonía.

Ese es el papel del educador, ser el director del coro. Pero tal vez, al igual que los conductores de orquesta, sólo se puede llegar al lugar de la batuta si se ha pasado por otros instrumentos y se entiende la responsabilidad por el conjunto de voces. Desde esta perspectiva dialógica y retomando nuevamente "Yo y Tú", la totalidad de ser está dada de manera completa, total, al niño y al ser humano en general. "Los verdaderos elementos lo educan – el aire, la luz, la vida en la planta y en el animal; y las circunstancias sociales también educan. El verdadero educador representa uno y otro; y sin embargo su presencia, delante del niño, debe ser como la de uno de los elementos" (Buber, 1982: 11). Y casi sin darnos cuenta, la niñez pasa de ser el tema central de la conferencia y se despliega la posibilidad de la educación del ser humano en toda su amplitud de la infancia hasta el final de sus días.

Es así que el educar implica un señalar el camino y no el imponer un camino ya recorrido, porque la experiencia es irrepetible. Es única en este sentido dialógico que se ha expuesto ya que la relación yo-tú no puede forzarse y, sin embargo, se pueden dar las condiciones para fomentar los vínculos. En esa línea delgada se mueve el verdadero educador. "La función educativa significa, pues, un elevado ascetismo sin rigor al respecto del mundo, por causa de la responsabilidad de un dominio de la vida que nos es confiada y en la que debemos influir, pero en el que no nos debemos entrometer, ni por voluntad de poder, ni eróticamente" (Buber, 1982: 15).

Ante esta oposición que realiza Buber entre Nietzsche, con la voluntad de poder, y el Eros platónico, propone un acercamiento verdadero que transforme al individuo. Si entre un médico y un enfermo, sostiene Buber, puede llegar a haber una relación de humano a humano, ésta deberá estar dada ante el llamado del médico para experimentar esa relación en su alma (1959: 16). En caso contrario, aparecería la charlatanería ante el más mínimo deseo de dominar o disfrutar. A veces la experiencia elemental del contacto avala



nuestro sentido de seguridad, pero a veces hace más, “con una violencia que lo rehace, ella lo precipita en el corazón mismo del instinto” (Buber, 1982: 16). En este viraje del instinto particular que invierte el sistema de dirección, se da la experiencia elemental con la cual comienza la influencia educadora y sobre la cual se funda. A eso, Buber lo llama “la experiencia de la parte adversa” (1982: 16), aquello que revira el orden, pero permite la apertura a la relación “yo-tú”.

No obstante, para Martin Buber, es en el “envolvimiento” del otro, volver enteramente presenta a la persona que se subyuga, que se desea, el “compañero”; no en imaginación sino en la actualidad del ser (Buber, 1982: 17). Envolver al otro en mi totalidad en una relación dialógica es darle el ser y darme a mí mismo el ser. Abarcar al otro, aunque sea por un instante, entrar en relación con el otro, sin llegar a sofocarlo.

En este preciso sentido conviene preguntarse: ¿De qué tipo de relación educativa está hablando?, ¿Hay una asimetría en la educación al haber mayor res-ponsabilidad del lado del educador?, ¿Cómo no entrometerse, pero a la vez lograr una relación dialógica a partir del envolvimiento?

Buber contesta con tres principales configuraciones de las relaciones dialógicas. A la primera la llama “configuración abstracta” y es la que se da, por ejemplo, entre dos personas que no están de acuerdo y que pelean. También el hecho de pelearse es una forma de reconocer al otro. Cada uno cobra conciencia de la legitimidad del otro, con la necesidad, no como utilidad sino como llamado básico de relación con el otro, y el sentido del no ignorar. Hay una realidad entre ellos, existe la mutualidad. En esa perspectiva el ser humano en tanto persona espiritual hace la abstracción de la plena realidad de su ser y de su vida (Buber, 1982: 19).

Esta primera relación, sin embargo, no es la ideal. La segunda configuración es la que entendemos como función educadora. Si se entiende educación como hacer que una selección del mundo actúe por intermedio de una persona sobre otra, la persona por intermedio de lo que se produce es mejor, logra resignificar el conjunto de elementos desde su propia postura. Aquí el peligro del educador arbitrario. Buber sostiene: “el nuevo fenómeno, la voluntad educadora, corre el peligro de degenerar en poder arbitrario, por el hecho de que el educador haya tomado el lugar del maestro, el educador se arriesga a proceder en la selección y ejercicio de su acción, colocándose en su propio punto de vista y bajo el ángulo de la noción que tiene del alumno, y no a partir de su realidad” (Buber, 1982: 20).

Más allá de esto, Buber habla de una tercera configuración de la relación dialógica, una en donde se pueda dar y recibir en mutualidad. El educador puede experimentar y el educando también. El educador se encuentra a ambos lados de la situación común. Nuestro autor sostiene que de darse este fenómeno “la relación educadora acabaría, a no ser que se transforme en amistad. // Amistad: tal es el nombre que damos a la tercera configuración de la relación dialógica, cuando se fundamenta en la experiencia concreta y mutua del involucramiento. En éste, las almas humanas se envuelven, verdaderamente, una a otra” (Buber, 1982: 21).

A manera de conclusión: Scholem, el discípulo, ¿el amigo?

Si hemos entendido con propiedad la propuesta buberiana, a manera de conclusión rescato una relación real: la de Martin Buber con Gerhard (Geshom) Scholem. Buber fue maestro de Scholem y con el tiempo entrarían en rivalidad, sobre todo porque ambos escribieron en torno al jasidismo de los siglos XVIII y XIX desde distintas perspectivas. Buber tradujo los cuentos jasídicos y Scholem teorizó la mística judía a profundidad. Ambos, emigraron a Israel y trabajaron en la Universidad Hebrea de Jerusalén. Tal vez la mayor distinción sea en el tono de sus escritos, pero eso podría ser tema de otro trabajo. Aquí nos interesa la perspectiva de Scholem con respecto a Buber.

Aquello propuesto por Buber en su cumpleaños número ochenta, eso de “señalar el camino”, parece convincente. Eso que ya resuena en Buber en el siglo XX de Proverbios, 22:6 (“Educa al joven según su propio camino y aún cuando envejezca no se apartará de él.”) parece algo sencillo, un simple movimiento ni siquiera de la mano sino de un simple dedo señalando el camino. Sin embargo, el verdadero educador entiende ya que ha estado afuera, ha recorrido los vericuetos de los caminos y se ha perdido. Alguien, en su momento, te indicó ciertos “peligros” del camino. Si verdaderamente quisiéramos revelar todos

los caminos a los que nos ven apuntando con el dedo, no entenderían a lo que te refieres ya que ellos mismos necesitan vivir la experiencia. No obstante, saben que hay que recorrerlo y saber que tal vez el educador siempre estará ahí, al lado de la ventana.

Pero la presencia y el relato de Gershom Scholem al hablar sobre la muerte de Buber nos plantean no tanto la parte sencilla sino la parte complicada. Según Scholem, los discípulos que todavía llegaron a escuchar a Martin Buber en la Europa prehitleriana tenían una experiencia distinta:

En el mismo período, hace cuarenta años, vino Buber con una influencia tremenda al taller de jóvenes judíos en Alemania y Austria: éramos jóvenes, estudiantes de bachillerato o universidad, y necesitábamos un camino. Grandiosas fueron la fermentación y el despertar de nuestros corazones. También grandiosa fue la intención de escuchar las voces que venían a nosotros del pasado y del presente. (1976: 456-457)

Esta pequeña anécdota en lo que respecta a dos intelectuales tiene gran significado hasta nuestros días. ¿En qué sentido? Parece ser que Scholem le está criticando al “gran maestro”, como se le conocía a Buber en Alemania en el primer tercio del siglo xx, no ser una guía incólume que permitiera que otros lo siguieran. Además de la rivalidad académica, lo que tal vez se estaba poniendo en juego en ese momento es el papel del educador. Mientras que Scholem buscaba un educador que dijera lo que debía ser hecho, Buber apeló a la noción de experiencia incorporado en el “señalar el camino” y a comprender las relaciones humanas como relaciones dialógicas. En este sentido, la postura de Buber es congruente consigo misma. ¿Cómo poder decirle al otro cuál es el camino que debe recorrer si la experiencia es única e irreplicable? Si el educador aspira sólo a generar una serie de experiencias que en el educando son únicas, ¿cómo lograr ser una guía inquebrantable? La vida de Buber fue una vida, en ese sentido, congruente con lo expuesto anteriormente. ¿Realmente podemos estar al tanto de lo que sucede del “otro lado” del diálogo? Tal vez por eso Buber sólo fue el “gran maestro” de Scholem ya que nunca llegaron a ser amigos.

Si entendemos que la filosofía de la educación es la aproximación filosófica al fenómeno educativo, entonces tendremos que entender las propuestas filosóficas en su conjunto para entender el papel que juega la educación a partir de los supuestos y planteamientos de cada autor o corriente.



En el caso de Buber, si comprendemos la filosofía dialógica, en este texto por lo menos la relación que tienen las relaciones “yo-tú” con “señalar el camino”, podremos ver que la educación es una manera de darnos sentidos como seres siempre en relación. La propuesta buberiana dejaría de lado la educación entendida como una serie de conocimientos a transmitir y pondría el énfasis en lo que para Buber determina al ser humano: su capacidad dialógica. El ser humano es, antes que todo, un ser capaz de entrar en relación con los demás, con los demás. En ese sentido educar al ser humano es brindar, en sociedades que han enfatizado al individuo ajeno a todo lo demás, lo que lo constituye antropológicamente (Buber, 2009). La propuesta buberiana sigue siendo vigente entre unas supuestas relaciones utilitarias “yo-eso” y unas relaciones verdaderas “yo-tú” en cualquier tipo de espacio. Para Buber, no existe distinción entre la educación formal, la no formal y la informal, ya que donde haya seres humanos habrá posibilidad dialógica. Esto querrá decir “señalar el camino” y también reconocer sinceramente siempre impedidos a recorrer “el camino del maestro”, sólo nuestro propio camino, nuestra propia experiencia.

Tal vez convenga para concluir dar un ejemplo que da el propio Buber:

Un joven maestro, y no ya un seminarista que prueba su idoneidad, se encuentra por primera vez en forma independiente con su clase. Ésta pone ante sus ojos la imagen del universo humano, tan multiforme, tan contradictorio, y tan inaccesible. Y él piensa: “No he elegido a estos muchachos, estoy aquí y debo aceptarlos. Pero no como son ahora, en este instante, sino como de veras son, como pueden ser. ¿Más cómo puedo detectar lo que hay en ellos, y cómo he de hacer para que eso cobre forma?”. Y los muchachos no se lo hacen fácil: hacen ruido, se portan mal, lo miran con una curiosidad desvergonzada. De entrada se le pide que ponga coto a los problemas, que formule reglas de ordenamiento, que imponga hábitos de comportamiento correcto, que diga que no a todo cuanto allí se le presenta, que comience de abajo. Y si se comienza de abajo, quizá no se sube: puede que todo baje. Pero entonces le llama la atención un rostro, y en él lee una duda distinta a la curiosidad generalizada. “¿Quién eres? ¿Sabes algo de lo que me afecta? ¿Me traes algo? ¿Qué traes?” Tales son, más o menos, los interrogantes que lee. Y el joven maestro, así pues, se dirige a ese rostro. No dice absolutamente nada relevante y significativo, sino que plantea una típica pregunta a modo de inicio: “¿Qué es lo último de lo que vieron en Geografía? ¿El Mar Rojo? Bueno, ¿qué es, entonces, el Mar Rojo?”. Y es evidente que en la pregunta hay algo no del todo común, pues la respuesta que recibe no es la típica respuesta escolar, sino que el muchacho le cuenta. Hace un par de meses estuvo en el Mar Rojo, y le cuenta al respecto. “Y todo me pareció”, agrega, “como si hubiese sido hecho un día antes del resto del mundo”. Es claro que por

er
ier
s
s
o
D

primera vez se ha decidido a hablar del tema. Y al hacerlo, su rostro ha cambiado: ya no es tan caótico como antes. Y la clase se ha quedado en silencio. Todos escuchan. Ahora, tampoco la clase es un caso. Algo ha sucedido. El joven maestro ha empezado por arriba. (1978: 220-221)

Referencias

- Blenkinsop, S. (2004). "Martin Buber's 'Education': Imitating God, the Developmental Relationalist". En *Philosophy of Education*.
- Buber, M. (1973). *Meetings*. (Editado por M. Fiedman). LaSalle, Open Court.
- Buber, M. (1986). *Reden über Erziehung. Unveränderte Neuauflage*. Heidelberg: Verlag Lambert Schneider.
- Buber, M. (1959). "Al hama'ase hahinuji" (Über das Erzieherische). En *Besod Siah*. Jerusalem: Bialik Institute.
- Buber, M. (1978). *Sionismo y universalidad*. (Selección de L. Senkman). Buenos Aires: Ediciones porteñas – AMIA. (Escritos escogidos, 2).
- Buber, M. (1982). "Da função educadora" (Über das Erzieherische). En *Reflexão*. Año VII, No. 23. Campinas: Instituto de Filosofia, PUC.
- Buber, M. (1987). *Sobre comunidade*. (Trad. de N. A. Zuben). Sao Paulo: Perspectiva.
- Buber, M. (2002). *Meetings. Autobiographical fragments*. New York: Psychology Press.
- Buber, M. (2006). *Yo y tú y otros ensayos*. Buenos Aires: Lilmod.
- Buber, M. (2009). *¿Qué es el hombre?* (Trad. de Eugenio Ímaz). México: FCE.
- Mendes-Flohr, P., ed. (2002) *Martin Buber. A Contemporary Perspective*. Syracuse: Syracuse University Press y Jerusalén: The Israel Academy of Sciences and Humanities.
- Rabinovich, S. (2009). "Martin Buber". En *Pensamiento de los confines*. Número 25. Guadalquivir/Buenos Aires.
- Sánchez Meca, D. (2000). *Martin Buber*. Barcelona: Herder.
- Scholem, G. (1976). *Dvarim Bagov. Pirkei Morashá Utjiá*. Tel Aviv: Am Oved.
- Zink, W. (1978). *Martin Buber: 1878/1978*. (Trad. al inglés de P. Crampton). Bonn: Hohwacht Verlag.